

La enseñanza que padecemos

Ya en algún otro número de esta sección se ha incluido un texto del libro "Glorias Imperiales"; no puedo evitar repetirme incluyendo ahora el prólogo de este "Libro Escolar de Lecturas Históricas", dedicado por el autor "Al Caudillo Invicto que nos ha devuelto la España UNA, GRANDE y LIBRE". Aunque os parezca largo, os aseguro que vale la pena que lo leáis con detenimiento.

"Desde hace muchos años preclaras mentes no se han cansado de repetir en todos los tonos que la revolución roja se fraguaba en el campo de la enseñanza. Tal verdad, de la que están ya convencidos todos los españoles, encierra lógicamente esta otra: no triunfará la nueva España si no conquista la Escuela.

Para servir a tal convicción se ha escrito este libro. Uno de tantos. El más modesta entre todos de cuantos se escriben y se escribirán para que las almas infantiles se eduquen ya, siempre, en el amor noble y puro a la gran Patria española.

Sería muy fácil trazar aquí una aparatosa divagación pedagógica sobre el valor de la historia en la formación del espíritu del niño. Sobre todo desde el punto de vista patriótico y moral. Toda una generación de Maestros, contaminada del espíritu institucionista, ha pretendido prescindir de la emoción de la historia y ha esquivado en la enseñanza el sentido ferviente, con que un español honrado ha de acercarse a contemplar y examinar los hechos de su Patria. Preocupados con la pedantería estéril, que rechazaba lo emocional por fuera de moda, valoraron sólo lo más externo, limitándose a escoger hábiles fórmulas metodológicas. Contra esa pléyade insensata tenemos que invocar en esta hora con orgullo el tópico sagrado, por el que ha dado su sangre toda una generación juvenil. A España ha de amársela con el corazón, rendida y fervorosamente, sintiendo su gloriosa historia con una pasión que nunca puede pecar, por vibrante y por romántica, ni de narcisismo, ni de vana hipérbole. Vale más el patriotismo ingenuo, por muy vulgar y exagerado que sea, que el laico y necio intelectualismo, culpable por el nefando rubor de sentir la historia nacional, del crimen de su desfiguración y falseamiento.

La primera y fundamental lección de pedagogía que se impone ahora como deber a las clases magistrales es llenar de España la Escuela. Limpiadas y purificadas las aulas, entronizada de nuevo la Santa Enseña redentora, hay que llevar al corazón del niño -al hombre del mañana- la fé en Dios y en la Historia, creando en él una robusta conciencia patriótica y religiosa, que le haga sentir, en toda su amplitud, el destino providencial de nuestra patria para las más grandes empresas universales de los siglos.

El que consideremos primordiales estas ideas no quiere decir, por otra parte, que renunciemos a las experiencias y progresos de la metodología. Vana es la enseñanza de la historia que se ofrece, reducida a una rígida enumeración de hechos. Más también la que, surgida como reacción contra aquélla, se limita a mostrar a los niños la evolución de las tendencias e instituciones. De lo uno y de lo otro hay que huir por igual. Del exceso de lo concreto y de la prodigalidad de lo abstracto. La historia ha de entrar en la mente del niño, impresionando su sensibilidad, vestida de la verdad que es una, pero orlada con el manto diáfano de la fantasía.

Hemos roto, por ello, el formulismo expositivo de los hechos históricos en las páginas que siguen, que pretenden servir sólo de lecturas amenas para los últimos grados de las escuelas primarias y acaso también para los primeros cursos de la formación media. El lector advertirá un propósito: el de acusar ante todo lo universal, lo imperial de España en la vida

histórica del mundo. Este empeño, de cuya originalidad no sentimos la menor vanagloria, porque no es nuevo, ni muchos menos, se conjuga con una metodología simplicísima que nos importa subrayar aquí. Se ha procurado centrar la historia patria en los hechos y tipos capitales de interés universal, ajustándolos a narraciones sencillas, que, a modo de cuentos, susciten la curiosidad de la lectura e impresionen la sensibilidad infantil, para hacerla receptora de una idea o un principio, apuntado con concisión y claridad. Las narraciones se dan en estilo rápido, cortado, sin complicar las frases con subordinaciones excesivas ni forma periódica y prolongada.

Pretendemos haber escrito para el corazón de los niños que necesitan el calor y el brío que les negó el laicismo liberal, contra el que pesaba como una maldición, la majestad de una historia católica, a la que era preciso o repudiar o tergiversar.

Cuando la sangre y la muerte han dado la razón a esa historia, y con ella se vincula firmemente nuestra vida actual, la pluma fluye gozosa de cumplir su genuina misión: servir a la verdad que nos hace libres, con tanta mayor complacencia cuanto tan excelsa es la verdad de España, y servirla inculcándola en la niñez que amanece a una vida mejor, lograda por los sacrificios de todos cuantos compartimos las angustias de la hora más grave y decisiva. EL AUTOR".